

pa mía) la pérdida de sus mejores prendas, de su santa mujer, de su hijo y hacienda, cosas por cierto indignas de ingratitud, y por quien, con justísima causa, pudiera el mundo desestimarme y aborrecerme, si ya en términos tales yo faltase á tantas obligaciones y deudas á que vos no habéis de dar lugar por las muchas muestras, ni menos yo he de quitar á don Diego el premio y galardón que merece. Y pasando adelante sin esperar respuesta, cubiertos los ojos de aljofaradas lágrimas, abrazando á don Diego, prosiguió su oración, diciendo: Vos sí, dueño y señor mío, debéis serlo de mi alma, y á vos, en contrapuesto de todo el mundo, elegiré mi boca y obedecerán mis sentidos mientras me durare la vida.

Y sin poder proseguir, atajada del aplauso y voces de los presentes, de la vergüenza y disgusto de don Juan, de los estrechos lazos de su nuevo esposo, cesando su discurso, comenzó el de sus alegres bodas, en cuya prosecución el opuesto amante, corrido y no poco afrentado, prosiguió su jornada, y don Diego alcanzó el fin deseado de su larga y bien resistida voluntad.



Pachecos y Palomeques.

CAPITULO LIII

Historia cuarta, sucedida en Toledo, con el origen y fundamento y antigüedad desta inclita é imperial ciudad.

LA imperial ciudad de Toledo, corte y Silla real de los más esclarecidos reyes godos y, al presente, trono majestuoso del perlado mayor de las Españas, digo, de su primado cardenal y arzobispo, tienen sus fundamentos tan venerable ancianidad, que casi en ellos, por su mejor noticia, hemos de proceder más por conjeturas que evidencia notoria. De ella hacen mención bien singular Tito Livio, Tolomeo y Plinio, poniéndola en la Citerior Tarraconense y en la Provincia Carpetana; todos tres gravísimos autores, y que ilustran sus glorias, sus victoriosos triunfos y su inmortal memoria con aplauso tan digno que pudiera su sola autoridad, su respeto solo, hacerla conocida y famosa entre las más inclitas, generosas y opulentas ciudades del mundo; y

así, no sin muy justa causa, por infinitos siglos, por edades largas, adquiriendo con sus grandes empresas, con su valor altivo, con su riqueza inmensa, el título grandioso, el renombre imperial, la majestad insigne de sus augustas armas, las coronadas águilas de sus insignias han merecido conservarle juntamente y casi desde sus primeros principios.

De los cuales, con seguridad y atención, han escrito libros copiosos muchos autores nuestros, digo, naturales de España y aun hijos propios de esta imperial ciudad, si bien uno de ellos, y no el menos auténtico, el docto arzobispo don Rodrigo (no sé en qué se fundó), dándola á Tolomón y Bruto por fundadores, quiso defraudarla de muchos siglos de ancianidad y origen, aunque otros, que le investigaron profundamente, han afirmado y dicho que fué edificada por los griegos y su valiente y magno capitán Hércules Libio, ayudando no sólo á esta opinión la fuerza de la tradición que en su famosa cueva hoy se conserva, mas aun la misma dición, mudando algunas letras lo testifica, porque *Ptoliethron*, palabra griega, lo mismo significa que ciudad.

Otros, no sin grandes desvelos, dicen que Ferrerio, insigne astrólogo y griego, conociendo por el benigno aspecto de sus astros que había de ser tal sitio felicísimo, la fundó y dedicó su cueva á Hércules, como á deidad de su adoración, 1270 años antes del nacimiento de Jesucristo.

Diferente opinión sigue Garibay, alegando á Beuter, Figueras y Arias Montano, pues todos se resuelven en que los ejércitos de Nabucadnecer, formados por caldeos, persas y hebreos, y viniendo á España la edificaron, llamándola Toledo, que es lo mismo que generaciones; mas, según la mayor parte de autores graves y doctos, es lo menos dudoso que el valeroso Hércules fué su verdadero fundador y haberla esotros ampliado y engrandecido.

Su asiento de esta ilustrísima ciudad es una montaña proporcionado con su mismo circuito y, por el consiguiente, inaccesible, áspera y firmísima, siendo gran parte de su fortaleza y adorno las famosas riberas del caudaloso Tajo, cuyas aguas, en forma de herradura, hermosamente la rodean, fertilizando su anchurosa vega y terreno abundante con majestad y aplauso maravilloso. Esto, la templanza de sus frescos y delgados aires y el privilegio de que goza contra los terremotos, nieblas, inundaciones, y la abundancia de mantenimientos, prósperas influencias, hermosísimas y discretas damas y tantos y tan estimados sujetos como ha producido en todos tiempos y edades, parece que justamente recompensan la parte que le cupo de aspereza y fragosidad.

No escribo lo que pudiera de su excelente santuario, insigne iglesia primada de España, soberbios alcázares, magníficos palacios, puentes, edificios y antiguallas, porque, además de

repugnar á mi asunto, fuera alargarme infructuosamente; y así, no pretendiendo ser prolijo en las cosas que de suyo tienen granjeado tanta fama y conocimiento, habré de excusar esta censura, dando de aquesta suerte principio al cuento prometido.

CAPITULO LIV

Notable historia sucedida en Toledo.

CUANDO en los años de mil y quinientos y veinte y uno la mayor parte de España parcial y dividida en opiniones, que otros han llamado comunidades, abrasándose en sangrientas y civiles guerras, dió tante que hacer y que decir á lo restante de la tierra, sucedió en esta imperial ciudad el caso de quien al presente escribo, con la verdad y fe que he protestado. Y porque casi en medio del espantoso estruendo de las armas, y mientras tantas venganzas, castigos y atrocidades se ejecutaron, nació la causa de su mayor particularidad, bien me atreveré á decir que nunca con más justa razón pudo el hijo de Venus preciarse de su adúltero padre, pues entre la desigualdad de dos tan contrarios efectos como son guerra y amor, mostró más claramente la poderosa fuerza de su brazo y la verdadera significación y moralidad de su metafórico nacimiento.

Estaba en esta sazón, por las pasiones y bandos que seguían, tan afligida la ciudad, que fué

evidente muestra de su opulencia el no quedar perdida ó arruinada del todo. Señalándose en el fomentar su desdicha los mejores y más poderosos hombres de ella, entre quien los dos hermanos Palomeques, famosos por el ánimo y fuerzas que alcanzaron, tanto como por su antigua nobleza, no fueron los que menos dieron á sentir su valor. Llamábase el mayor don Fernando, y el segundo don Pedro, y entrambos grandes conservadores de su república, siguiendo en esto las acciones y pasos del noble don Rodrigo, su padre, al cual, en los principios de estas revueltas, mataron, desgraciadamente, en la plaza de San Juan de los Reyes; ocasión no pequeña para que las inquietudes creciesen y las parcialidades aumentasen, si bien como más particular emulación mostraron su indignación con don Lope Pacheco, mancebo ilustrísimo y conocido por sus heroicas y loables costumbres, amable y generosa presencia, pues por excelencia notable fué llamado *el perfecto*.

Dos veces fueron de éste y algunos deudos suyos, echados los Palomeques de Toledo y perseguidos con tan notable extremo, que llegaron á cercarlos en una casa de placer de adonde, en diferentes ocasiones, se les escaparon dichosamente y con tan secreta huida, que dió motivo á que en la ciudad no supiesen otro nombre al Cigarral ó Quinta de los Palomeques, sino la *Casa del encanto*.

Tantas injurias y ofensas declaradas no prometían, en tan valientes hombres, menos que una terrible venganza, la cual procuraron por cuantos caminos y vías les fué posible, sin perdonar desvelos, vigiliias y aun jornadas no poco peligrosas, no obstante que todas le salieron inciertas, porque don Lope y los suyos se guardaban con recato y prudencia.

En medio, pues, de tanta confusión, y cuando con igual vigilancia procuraba este caballero huir de Caribdis, dió sin pensar, no menos que en el Scila de unos hermosos ojos, cuyo dueño le tiranizó el alma. Digo que habiendo en una fiesta pública visto á Laurencia, doncella hermosísima, no sólo hizo en su ánimo suspensión de las armas, sino que juntamente rindió en su amorosa conquista la libertad, joya inestimable sobre los demás atributos del hombre.

Era esta dama hija de un ciudadano, más rico de honrosos respetos que de caudal y hacienda, portillo, á su parecer de don Lope, suficiente á salir con el asedio que ya comenzaba á poner á la fortaleza de Laurencia; y así, regido de semejante industria, solícito buscaba medios que, dándola á entender su pasión, juntamente granjeasen con obras y regalos su voluntad, no le saliendo vana tan fuerte diligencia; porque años pocos, mucha hermosura, bizarros pensamientos y cortas fuerzas para lograrse en ellos, suelen desbaratar y romper los más castos propósitos. Al fin, más

obligada del precioso interés que de correspondencia amorosa, abrió Laurencia fácil puerta en su gusto al nuevo amante; y aunque en las de su casa tenía su padre el cuidado conveniente, todo importara poco si primero no fuera avisado y prevenido de un pariente, que pretendiendo de muy atrás el ser su yerno, desvelado en su intento y receloso por algunos indicios, hizo tan vigilante centinela, que á cortos lances alcanzó la causa y aun particularidades más secretas de ella, porque encubriéndose una noche en parte que con facilidad se podía percibir lo que con don Lope hablaba Laurencia desde cierta ventana, claramente acabó de entender, no sólo por cierta su sospecha, sino que temerosa la dama de algunas que en su padre iban descubriéndose, trataba con su amante le previniese sacándola de su casa y poder, como, en efecto, lo hiciera si la advertencia del deudo no atajara sus pasos.

CAPITULO LV

Oculata con secreto y recato su padre á la hermosa Laurencia, y prosigue el caso.

ERA, según ya tengo dicho, hombre su padre desta dama de más reputación que bienes de fortuna; y así sintió el afrenta que don Lope había intentado hacerle, con más extremos que sus fuerzas pedían; esmerándose en su satisfac-

ción, con tan poca cordura, que al fin, según presto veréis, vino á perder la hija y á poner su vida y honra en contingencia. Declaróse ante todas cosas por del bando y parcialidad de los dos hermanos, en cuyo poder, digo en el de su madre, que asistía en Toledo, dejó la mejor prenda de su alma; cierto de que en tal casa, ni el atrevimiento de don Lope pondría los ojos, ni la perseverancia de su voluntad llegaría á efecto; y con tanto, saliéndose á las aldeas y villajes, donde aquellos caballeros alojaban, mostró, en cuanto pudo, el deseo de su venganza, aunque lo hubiera sido más á cuento remediar su ofensa, dando cuerdamente á su hija esposo; pues con él no sólo excusara la infamia de su publicidad, sino que asimismo hubiera atajado los daños que por su causa sucedieron.

No sintió don Lope menos esta desgracia; antes, con amorosa y ardiente cólera, estuvo en términos de emprender una temeraria violencia; porque sospechoso de que se la habían encerrado en algún monasterio, hasta que en todos fué desengañándose, tuvo su impaciencia algún sufrimiento y consuelo, con la fuerza de que pensaba aprovecharse. Mas cuando últimamente, y como si se la hubiera tragado la tierra, perdió las esperanzas del hallarla, bien le fué necesario valerse de su cordura y discreto atributo; pues no le mereciera de perfecto si en semejantes trances se dejara rendir de su pasión.

Esto, en efecto, como mal remediable, fué su cura remitiéndose al tiempo; y aunque la convalecencia se alargó muchos días, no por eso dejaba de acudir, así á los cuidados de sus civiles guerras, como á la solicitud de las cosas que en ellas tenía á cargo.

No estaba en casa de sus enemigos y contrarios la hermosa Laurencia poco afligida en estos intermedios; porque si bien no amaba con tanto fuego, como ya don Lope la costaba algunos disgustos y malos tratamientos, y la vagante imaginación en la mayor clausura y encierro que su pasada libertad la había puesto hiciese mejor su oficio, poco á poco la memoria de su perdido empleo la forzó á sentir de veras lo que al principio disponía con diferentes motivos; y así como el frágil natural de la mujer es más incapaz de resistencia, fácilmente pudo á costa de su disimulación conocerse, si ya no su accidente, á lo menos el disgusto que padecía; origen suficiente para que en el noble hospedaje se sintiesen sus dueños por mal correspondidos; aunque no obstante esto, como realmente deseasen su agrado, y el sujeto de Laurencia, por su mucha hermosura, fuese digno de ser amado, por el consiguiente, cualquiera sinsabor en ella les era dispensable; sin excusarle todo el agrado y agasajo de sus fuerzas, alargándose en esto con mayor asistencia, doña Juana Palomeque, que hermana de los dos valientes caballeros, que así por su corta edad

como particular confrontación, más se le inclinaba.

Era esta noble señora, según el recato con que su madre la criaba, tan poco conocida, que, no digo la gente ciudadana, pero ni aun muchos de sus criados, pudieran dar razonables señas de su persona, cuya belleza peregrina no sé que haya humano ingenio que sin muy grandes yerros se atreva á reducirla á breve suma; pues en la imperfección de sus pocos años, y sin haber llegado al precio inestimable que después tuvo, puedo afirmar con razón que no sin justa providencia quiso el cielo ceñir sus rayos entre tantas paredes y clausura; porque si al mundo estuvieran patentes, es cierto que más desdichas y males hubiera en ellos ocasionado que venganzas y daños las disensiones y armas de sus deudos. Y así, en tal compañía, aún más culpable y reprehensible era el desabrimiento de Laurencia; de quien mal resistidos sus desconsuelos y cuidados á pocas hojas (como doña Juana aunque niña, tenía de ingenio y agudeza suplida la falta de experiencia), leyó en su frente con evidencia clara la ocasión de su amorosa pena, que conocido no tardó su dueño en descubrirla.

CAPITULO LVI

Procura doña Juana, entendido el empleo del ausencia, divertírsele y aun desacreditársele.

BIEN sabía Laurencia la emulación y enemistad de aquélla y la casa de don Lope, su amante; mas deseando con tan gran grave sujeto disculpar su yerro, quiso juntamente informarla en su empleo; si bien mal afecto su nombre en los oídos de doña Juana, que, como dicen, habían en la leche bebido el mismo veneno, furia y rencor de sus hermanos; apenas le oyó, cuando procuró disuadirsele, aunque en vano; porque la tierna dama, por igual causa gobernada de su afición, y como ordinariamente acontece, á los más enfermos de semejante pasión; pues siempre quieren sea preciada de todos en su estimación propia la cosa amada, no sólo no desistió de su propósito, mas antes con mayor vehemencia, pintando su sujeto, tal vez le juzgó el más gallardo, el más valiente y generoso, y tal vez el más noble, el más virtuoso, el más galán, el más entendido y de más peregrina hermosura; y pretendiendo aún más largas disculpas, añadiendo á las sujeciones de sus réplicas otras semejantes razones, tal vez con más ternura, la dijo las siguientes:

—Si de tal hombre, señora y dueño mío, ha merecido ser Laurencia querida, ¿quién en el mundo puede con don Lope grangear su correspondencia? ¿No es éste, por ventura, el amparo y remedio de los caídos, el fuerte y poderoso con los soberbios, el humano con los humildes, el generoso y liberal con sus amigos, el terror de sus contrarios, el blando y apacible con las mujeres y el cortés y agradable con los hombres? Y finalmente, éste ¿no es quién, entre todos, por tantos requisitos y excelencias, ha merecido el nombre de *perfecto*? Pues si á él solo todos le reconocen vasallaje, todos le rinden voluntad y tributo, yo, que por tan frágil é indigna cosa me reputo, ¿cómo podré negársele, ó cómo, aunque quisiera, dejaran de forzarme su razón y justicia? Las cuales son tan poderosas y desapasionadas, que estoy por afirmar que, ó faltan en vos para conocer esta verdad, ú os sobran el odio y rencor de vuestros hermanos para oscurecerla.

De esta suerte, y en diferentes ocasiones, oyó en defensa de su amor doña Juana tales y mayores encarecimientos de Laurencia, y referidos con tanta exageración y esfuerzo que, sin pensar, poco á poco, perdiendo en su opinión la que de sangrienta y feroz homicida tenía don Lope, fué adquiriendo en su alma, no sólo diferente concepto, mas deseos grandes de mirar con los ojos su desengaño. Y así, determinándose á cesar en su contradicción, juntamente se dispuso á

favorecer con su ayuda la causa amorosa de esta dama; de quien, entendida tal determinación, fueron sus demostraciones y agradecimientos tan encarecidos, que doña Juana se tuvo por más que satisfecha; y como ya regida de aqueste parecer, tanto como por su nuevo deseo y curiosidad, sin mayor dilación, con su consentimiento, comenzó á prevenir Laurencia los medios que para hacerle sabedor de su asistencia á don Lope convenían, segura de que la razón por que su padre eligió semejante amparo era enderezada á solo encubrírsele; y como éste fuese en la prosecución de su voluntad el primer escalón que se había de apearse, no dejó para facilitarle camino que no rodease, ni máquina en su imaginación que no dispusiese; y finalmente, tantos vados tentó y tantas dificultades se atropellaron, que al fin, por último remedio, hubo de aprovechar la diligente traza.

CAPITULO LVII

Avisa su asistencia á don Lope Laurencia, ocasionando con su vista varios sucesos.

HABÍA comenzado su madre de doña Juana, en la misma sazón, una novena al milagroso Santuario de la Piedra, en cuya estación, acompañada de Laurencia, de su hija y criadas, asistía con secreto y rebozo de las ocho á las nueve ho-

ras de la mañana. De esta breve jornada, queriendo valerse, escribió la dama dos cartas, las cuales, siendo en la misma sustancia y sobreescritas á don Lope Pacheco, se las metió en el pecho, hasta el conveniente término en quien, haciendo perdida la una en la iglesia y dejando caer la otra en la calle, libró su efecto en la disposición de la fortuna; pareciéndole que siendo tal la de don Lope, y su persona tan amable y bien vista, de ninguno podían ser halladas que no estimase con gusto el remitírselas, como realmente ello sucedió; porque, apenas eran las doce de aquel día, cuando ya estaban entrambas en sus manos; aunque no hizo tan larga confianza de su buena suerte la dama que en ellas escribiese razón, porque en llegando á otro poder se entendiese el secreto. Abriólas, en efecto, don Lope; y aunque turbado por el conocimiento confuso de la letra, leyó en ellas este breve discurso:

Laurencia á don Lope.

«Por no aventurar la buena dicha que me concede el cielo, remito el corto trabajo de otro aviso más seguro, el que en aqueste excuso por su incertidumbre; y así, porque salgamos, vos de cuidado y yo de la pena en que estoy, os suplico que con la puntualidad que confío estéis mañana á las nueve en la Capilla de la Piedra, adonde, si por seña lleváredes esta carta en la mano, ha-

llaréis entre las alfombras de sus gradas otra con mejor orden y claridad de lo que habéis de hacer. Dios os guarde.»

Muy alegre se halló don Lope con el desengaño y salida que de sus confusiones y sospechas se le ofrecían; y así, con igual cuidado, á la hora concertada, ya él estaba con su muestra plantado en la peana del altar, en quien, aunque procuró curioso y recatado conocer la imagen de su devoción, como el concurso de damas y el ir en diferentes disfraces se lo impidiesen, fué por demás su diligencia, no obstante que halló la carta prometida; porque Laurencia, no sólo en viéndole cumplió con su deseo, más pudo, sin embargo, del recato con que su madre miraba por doña Juana, enseñarle despacio la satisfacción de sus yerros y el crédito de su verdad.

No había hasta aquel punto aquella inocente y mansa corderilla repastado entre flores de tan nocivo y amargo fruto, porque, según ya tengo referido, ni á sus divinos ojos llegaba conocimiento humano, ni su edad y clausura, daban lugar á mayor noticia, con que no me admiro ni espanto que, siendo de tal hombre la primera que tuvo, hiciese en su alma semejantes estragos; pues fué tal su mudanza y turbación (culpa la corta experiencia de aquellos accidentes), que casi puso en términos de entenderse su mal disimulada pasión; que, fomentada por la necia perseverancia con que Laurencia la exageraba las admirables

partes de su amante, no sólo aqueste desacuerdo añadió yesca al fuego, mas hizo que creciesen sus llamas de tal suerte, que primero perdió la vida que se mitigase su incendio. En fin, con bien disformes pareceres, ella confusa y triste, cuanto Laurencia sumamente alegre, dieron á su casa la vuelta, y don Lope, haciendo lo mismo, en llegando á la suya, abrió la carta y juntamente las puertas de su confusión y desengaños, leyendo las siguientes razones:

Laurencia á don Lope.

«Desde el punto en que mi cruel padre, efecto de nuestra entendida voluntad, me privó de vuestros ojos, no han cesado los míos de verter, en satisfacción de tal desdicha, abundantes lágrimas, cuyo fin, á no haberme valido de esta industria, hubiera sido mi última desesperación. Mas ya que el cielo piadosamente acudió á mi remedio, cierta de vuestra animosa resolución, me atrevo á pedir os procuréis verme esta noche en la casa de vuestros contrarios, adonde, con su madre y hermosa hermana, estoy desde el amargo día que me ausentaron de vos. La empresa, aunque parezca difícil, mediante la ayuda que de acá se me ofrece, se os hará muy posible; y así, en una de las ventanas del jardín que caen junto á la muralla de la Vega, os esperaré á las doce; el lugar es secreto, la hora acomodada, vuestros ene-

migos ausentes, vos don Lope Pacheco y quien os lo pide vuestra firme Laurencia; con que ni tengo más que encareceros, ni vos razones para excusar la paga de tan verdadero amor.»

CAPITULO LVIII

Resuélvese don Lope al cumplimiento del billete, y doña Juana aumenta en él la pasión de su incendio.

¡OH cuántos y diferentes pensamientos cercaron á don Lope luego que acabó de leer las razones que habéis oído!, hallándose, por una parte, tan sin pensar, alegre con la perdida prenda; y por otra, no poco melancólico, viendo que el lugar adonde había parecido fuese tan lleno de sospechas, pues la menor que entonces confirió su pecho bastara á acobardar al más animoso. También consideraba, y no poco temía el descrédito de su persona, si acaso cuando todo saliese muy cierto, con la continuación, sus secretos amorosos se descubriesen, y él quedase mal reputado y desdorada la opinión granjeada por el noble trato y cortesía que con la casa de sus contrarios había usado.

No obstante que á tan graves causas no le faltaban réplicas que en su ánimo hiciesen mayor contradicción, pareciéndole que, según la honrosa confianza de Laurencia, no sólo no podía sin

mucha nota excusarse de verla, sino que juntamente quedaban en nuevo empeño su reputación el día que sin igual descuento se entendiese la arrogancia de sus émulos; y entonces era tanta, que la dama, á quien su mismo padre, aun estando presente, no se había resuelto á defenderle, ellos, por cosa suya y hacerle semejante pesar, tomaban el guardarla por su cuenta.

Con que, infringiendo de aqueste hecho poca estimación, sin más consulta, arrojadamente indignado, atropelló por los demás inconvenientes y cumplió la orden referida, aunque como prudente y recatado, yendo dos horas antes del concierto, cautamente notó en ellas todos los vestigios y señales que de sospecha ó traición se podían tener; con que algún tanto más asegurado, llegó á ponerse debajo de las ventanas del jardín, cuando apenas las acababa de abrir su dama, que ya puesta en la una y conocido le recibió con el gusto que sus deseos prometían. Y así, habiéndose dicho muchos tiernos y amorosos conceptos, ya culpando Laurencia el descuido de su amante, y ya don Lope la suspensión de semejante traza, alegre el uno y satisfecho el otro, se despidieron aplazados para las siguientes noches; en quien, proseguidas sus amorosas vistas, creció con ellas en Laurencia el incentivo de su ardiente deseo (y lo que debe causar más lástima, más grave sentimiento), vino á ser incurable y sin remedio el veneno furioso que del

tierno y aficionado corazón de doña Juana se había apoderado. La cual, los breves ratos que faltaba á la custodia y centinela de su amiga, fingiendo vana curiosidad en sus deseos y encubriéndose con ella de don Lope, gozaba, entre el amargo acíbar de la pena celosa de su alma, las dulces blanduras y requiebros de su comunicación, haciendo ésta su curiosa diligencia, sobre tanta afición, tales efectos, que puso en contingencia su salud, y aun su vida en conocido riesgo.

Siempre el amor fué reputado por tormento cruelísimo, si bien nunca es más insufrible que recatado y encubierto; de adonde nace que, mientras el corazón más se anima á disimularle, entonces crece con mayor furia, brotando como efímera ardiente al rostro y á la boca las reliquias de su fuego. Nadie hizo de esta verdad tan costosa experiencia, ni mujer, con mayor tolerancia y cordura, procuró resistir en tan frágiles fuerzas tan juntas y amontonadas penas; con que de su valiente resistencia el fruto que doña Juana vino á sacar fué caer del todo rendida en una cama, en que, poco ó mal entendida la pasión de su alma, aplicándola desiguales remedios, llegó á ser juntamente enfermedad del cuerpo, aumentando por esta razón, en su afligida madre, el disgusto continuo en que la tenían las inquietudes y bandos de sus hijos; y cesando en Laurencia las visitas y pláticas de que había gozado hasta

entonces, mediante la industria y traza de doña Juana, cuyo amoroso y doliente espíritu, si por algún camino pudo recibir alegría, esta privación impensada, no sólo se la dió, mas dobló su consuelo; porque es, sin duda, el mayor de una celosa pena; pues al fin no se fomenta su dolor imposibilitada la causa de él.

Aunque no por esta dificultad dejaban de comunicarse los amantes, que prevenidos antes por lo que pudiera suceder, remitieron la prosecución de su empresa á una cinta, en la cual, esperando ocasión, el uno ataba sus papeles y el otro recibía sus respuestas; mas como Laurencia totalmente ignorante en el daño que hacía no encubriese á doña Juana éste y sus más interiores pensamientos, también fué sabidora dél, aunque con diferente efecto de su pecho, porque deseando no dejarse morir en semejante desesperación, apenas entendió la discreta traza, cuando en su idea la eligió por último reparo de su vida.

CAPITULO LIX

Intercadencias del amor de don Lope y otros nuevos sucesos mayores.

PASABA la suya don Lope en este tiempo con poco gusto, nacido tanto de las dilaciones de su amor, cuanto porque realmente, desde la primera intercadencia que en él hubo, más por propia

reputación y enfado de sus enemigos, que por fuerza de voluntad, perseveraba en su demanda; así que esto y el ser tan llena de peligros como infructuosa, le hizo que poco á poco fuese prevariando en ella. Semejante tibieza, que como mala nueva, aun antes de consultarse llegó á noticia de su dama y de su boca á los oídos de la ya convaleciente doña Juana; la apresuró su resolución, temerosa de que desistiendo en su afición don Lope, quedaba sin remedio, el que para entenderse en la suya tenía maquinado; con que sin más tardanza, porque á la fuerza y necesidad de amor ni hay ley que la reprima ni precepto tan grave que la mitigue, pues ella sola, con más facilidad, rompe y atropella las del honor; pospuesto éste, su fama y reputación, el temor de sus hermanos, la venganza de su padre muerto y el odio intrínseco por tantas heridas recibidas, determinó la ejecución de sus intentos en la manera que presto entenderéis.

No del todo declaradamente había don Lope desistido en los suyos; antes, sabida la mejoría de doña Juana, con la esperanza de volverse á ver presto con su dama, acudía á la correspondencia de sus papeles, en cuya prosecución, yendo por la respuesta de uno que la noche antes había escrito, hallándola en la parte asignada, la tomó, y queriendo, para mejor leerla, dar la vuelta á su casa, previno su deseo el parecerle que, así en el manejo como en el mayor peso del billete,